

de tu marido, ¡me pasma oírte!...
—Pues sí, me ahogo; no sé si
llegaré a hacer que me compren-
das. Ya sabes mi manera de ser;
mi cariño loco por Rogelio, mi
afán de que todo fuese causa, mo-
tivo para retenerle mucho rato,
muchas horas a mi lado... Soña-
ba con esto cuando éramos no-
vios; y cuando no le veía, ya tú
lo sabes, le escribía pliegos y plie-
gos llenos de no sé cuántas cosas
triviales unas veces, y frases del
más acendrado cariño otras; por-
que mi corazón necesitaba de
aquella continua comunicación.
¿Exageraciones? ¿Tonteras? ¿Chi-
fladuras? No sé; yo le llamo a eso
cariño, cariño que todo lo llena...,
y ahora, que quisiera decirle más
que entonces, que quisiera rete-
nerle a mi lado, ahora que es mío,
silencio mis sentimientos muchas
veces, temerosa de resultar pesa-
da, y me ponen de un humor en-
diablado ese cúmulo de negocios
que para él son, yo pienso, el todo
de su vida, creyendo cumplir y
tenerme contenta con este lujo y
esta esplendidez de casa en la que
hay de todo, de todo, menos cal-
or de nido verdadero, porque me
falta él casi las veinticuatro ho-
ras del día.

—¡Uf, qué cosas! Yo me espon-
jo, me ensancho, en cuanto mi
marido se marcha a dar un paseí-
to. Bueno, es buenísimo, pero más
pesado que cuando éramos no-
vios. Y a mí me gusta, hija, te
lo digo francamente, corretear al-
guna vez sola; ir a casa de Maru-
ja a tomar el té, que además de
darlo estupendo, sigue tan sim-
pática, graciosa y ocurrente co-
mo siempre.

—Y tu marido, ¿qué hace mien-
tras tanto?

—Pues se queda en el Casino
con sus amigos; porque, ya sabes,
las tardes las tiene libres.

—¡Ojalá las tuviese libres Ro-
gelio!, o, por lo menos, si no to-
das, algunas; yo te aseguro que
no me iría a tomar el té con nadie.

—¡Ay, hijal, las mujeres así re-
sultáis insoportables, y perdona.

—Las mujeres así, vamos, co-
mo yo, no resultamos insoporta-
bles porque, por lo general, llama-
mos lo que quisiéramos decir, y...
eso es todo.

—Carmen, ¿te ofendí?

—Calla, mujer, de ninguna ma-
nera...; cada una dijimos lo que
nos pareció, o lo que sentíamos,
y nada más.

—Sí, sí, pero con este genio es-
pecialísimo pienso que te ofendí
sin querer. Dime cuanto quieras
y desahoga tu corazón, que me
parece estás necesitada de ello.

—Pues sí, Raquel, sufro, sufro
mucho. Yo quisiera menos lujo,
menos negocios, menos dinero...

—Vamos, así como nosotros...

—Sí, Raquel, así como vos-
otros.

—Carmen, ¿entonces a ti te pa-
rece que yo hago mal?

—Muy mal, pésimamente mal;
después, que por tu desvío surgie-
se cualquier cosa..., no tendrías
derecho a quejarte. Fíjate: tú por
un lado; tu marido, ocioso, por
otro; el demonio, enredando...

—¿Tú crees?

—Yo creo a tu marido incapaz



BRONCE LIQUIDO

Tez morena...
Bronceado uniforme...
Tersura del cutis...
En unos minutos
y en su propio tocador

ACEITE ANTISOLAR

Para baños de Sol
sin molestias...
campo y deportes

Gran dama

Otras Supercreaciones

Gran dama

AGUA DE COLONIA

Perfuma que la hará ser agradablemente recordada

LAPIZ PARA LABIOS

7 tonos - 3 tamaños - Suavos pero no grasosos. Indeleble

LACAS Y ESMALTES PARA UÑAS

Brillo y permanencia indelebles - Uñas atractivas.

LACTOCREMA

Perlas líquidas con reflejos exóticos 4 tonos.

LOCION VIRGINICA ASTRIN- GENTE

Harro, cransis, impregnada de los poros, se marchitan su belleza

JABON DE TOCADOR

Espuma de crema para su cutis.

LABORATORIOS SEGURA BARCELONA - ESPAÑA

Para bebés... fricciones... Agua de Colonia **CESAR IMPERATOR 90°** natural fresca persistente LABORATORIOS SEGURA-BARCELONA-ESPAÑA

de nada; además, le tienes chifla-
do y por eso no ve que haces mal
en dejarle a él y pasar una y otra
tarde entre tus amigas y tus cor-
reos para buscar una cosa eco-
nómica que resulta cara por su
poca duración y las medias sue-
las que desgastaste.

—¿Sabes que has tenido el don
de hacerme pensar en una proba-
ble infidelidad de mi marido? Y
eso no; ¡sólo de pensarlo! Porque
supongo que no dudarás que le
quiero, ¡pero mucho!

—No lo dudo; tú le quieres así,
diciendo que es un pesado y res-
pirando fuerte cuando se marcha,
porque le sabes tuyo...

—Tienes razón, Carmen... Yo
te aseguro que haré los imposi-
bles para que el demonio no en-
rede... Y tú, créeme, no seas pu-
sílánime y decidete a contarle a
Rogelio todo cuanto callas.

—Quizá tengas razón...

—Ya sabes que te quiero de
verdad, como siempre, y deseo
saber que eres feliz completa-
mente.

El timbre del teléfono sonaba
insistente.

—Sí, aquí está—decía Car-
men, que, dirigiéndose a su ami-
ga, añadió—: Raquel, es mi ma-
rido que desea saludarte.

Y Raquel, después que hubo
contestado a las palabras afectu-
osas del marido de su amiga,
dijo:

—¡Ah! ¿No sabe usted, Roge-
lio?... Pues que Carmen le espera
impacientísima porque tiene mu-
chas cosas interesantes que co-
municarle...

Y colgando el teléfono, añadió:

—A ver, mi cara amiga, si mi
intromisión resulta provechosa.
Perdona si hice mal.

pañada de otra chica y un par de
pollos de chaquetas larguissimas y
cabellos más largos aún, que les ha-
blan con afor de cosas vacías. Uno
de éstos desabismaba a Felipe de su
estudio, cobrándole, con poco dis-
mulo, las siete cincuenta que impor-
ta a cada chico el festejo. La radio
grita ahora un fox estupendo, enor-
me, que está pidiendo bailar. In-
ician el regreso los muchachos; pero
Rosarito protesta un precoz cansan-
cio y su necesidad de quedarse en
estas sillas. Su acompañante encoge
los hombros y corre a buscar sus-
tituta en el comedor.

...

Ahora, un poco de diálogo. Por-
que la propia Rosarito llegará a
vencer su lógica tímida y a pre-
guntar:

—¿Qué haces?

—¡Psch...! Ya ves—mostrando.

Felipe, el crucigrama.

—¿No te decides a intentar bailar?

—No—con leve sonrisa abierta a
la cordialidad—. Pero soy un des-
graciado. Me falta una confiera de
siete letras que empieza por pl.

Y Rosarito, que tiene ya dos ojos
en Historia Natural, arriesga:

—¿No será pinsapo?

—¿Pinsapo, pinsapo? Efectiva-
mente; lo es. ¡Magnífico! Pues ya
está todo... Digo, no; ahora nece-
sita "Inclinación vivísima", de cua-
tro letras.

—Tiene gracia; lo que necesitas
es "amor"—y se ruboriza.

—¡Justo!—y se altera Felipe, por
su falta de agudeza.

Pero en realidad sabe que no ne-
cesita amor. Hace años anduvo loco
por aquella chiquilla preciosa de la
provincia, que se rió de su estricta
carretera de comercio y le dejó cla-
vada esa espina que sólo ha de sa-
carle el ingreso en la Escuela que
ahora persigue. Más tarde se ena-
moraron de él..., sin él apenas dar-
se cuenta, y llegó a preferir su es-
tudio y su aislamiento, que le per-
mitieran remansar su vida y organi-
zarla mejor. Mientras tanto, oíe,
sus veintitrés años le han hecho de-
finitivamente viejo, poco sensible a
las guerrillas del corazón.

Abandonado el Seminario, la con-
versación se enzarza por cauces gra-
tos y sencillos. Antes de la despedi-
da, Felipe, por una necesidad supe-
rior, extraña, llevará la charla adon-
de antes:

—¿Y no te gusta la música clásica?

DE COMO FELIPE PERDIO EL TREN

otra feliz identidad ha asomado a
todos los labios, incluso a los de
aquella que confundía lastimosamen-
te los apellidos de un clásico y de
un autor popularísimo de revistas;
dueño de la palabra, se ha atrevido
a proclamar su entusiasmo en pun-
to a paseos por una de las aceras de
la Avenida de José Antonio y su
desdén por Recoletos, y ha encontra-
do una aprobación igual... Más allá.
Rosarito—ojazos negros, bachillera-
to a medio, óvalo de cara perfecto,
diez y nueve años, gesto gracioso—,
lo ha escuchado en silencio y con una
seria vivacidad... Y luego, el baile se
ha animado de lo lindo y se han
disuelto las conversaciones de este
corro... como el humo cuando se va.

Aunque os parezca raro, Felipe,
"que no está aquí", que no se divie-
re, ni vino a eso, deja sitio a los
danzantes y va a buscar otro mejo-
r en el gabinetito contiguo, vertedero
accidental de muebles, adonde han
ido a parar los que agobiaban la
"pista" del comedor. En el jaleo or-

ganizado no estará mal visto, ni ape-
nas visto, su escapada.

Aquí hay sillas en revolución y
una mesita con cenicero y revistas,
elementos que constituyen el mena-
je más útil para ocasiones como ésta.

Felipe fuma y hojea aquello im-
precisamente. En las últimas pági-
nas, las palabras cruzadas reservan
ese divertido ajedrez solitario que
"deleita instruyendo", como la más
avisada pedagogía. A ellas se en-
trega con afán para cubrir el rato
que queda, mientras entran de vez
en cuando algunas parejas a des-
cansar del baile o a hacer los ho-
nores a los pasteles que esperan en
las bandejas.

Ya un crucigrama toca a su fin,
pero se declara en rebeldía en las
últimas casillas, desesperadoramen-
te blancas y enigmáticas. Felipe,
poco hecho a dejarse vencer por di-
ficultades, se enardece ante el table-
rillo blanquinegro.

En esto, Rosarito—ojazos negros,
etcétera—entra en el gabinete acom-